

CRÁNEOS PERFORADOS DE DOS SITIOS PREHISPÁNICOS
DE LA FRONTERA MESOAMERICANA. CERRO DEL HUISTLE,
JALISCO, Y LA QUEMADA, ZACATECAS.
UN ANÁLISIS COMPARATIVO

Gerardo Valenzuela Jiménez y Marco Antonio Santos Ramírez

Instituto Nacional de Antropología e Historia-Zacatecas

RESUMEN

En el México prehispánico la práctica de tomar segmentos corporales humanos y exponerlos en estructuras específicas fue desarrollada por diversos grupos étnicos desde periodos bastante antiguos. El ejemplo más conocido es el *tzompantli*, término que puede referirse al tipo de construcción donde se colocaban las cabezas de algunos sacrificados y a los cráneos mismos. Estas estructuras se han encontrado en varios sitios de Mesoamérica; sin embargo, los cráneos en sí mismos son escasos. El hecho de que el *tzompantli* sea la forma más conocida de exposición de segmentos del cuerpo humano, ha generado la confusión de creer que cualquier cráneo que presenta algún tipo de perforación pertenece a uno, y no siempre es así. En el presente trabajo se revisan dos casos de la región centro norte de nuestro país, en cuyos sitios arqueológicos se han encontrado cráneos humanos con perforaciones intencionales. Se abordan sus contextos arqueológicos, así como las características de las alteraciones tafonómicas. La finalidad es establecer las semejanzas y diferencias que puedan ayudar al entendimiento del significado de esta práctica cultural.

PALABRAS CLAVE: alteraciones tafonómicas, *tzompantli*, perforaciones craneales.

ABSTRACT

In ancient Mexico, the practice of taking human body segments and expose specific structures was developed by various ethnic groups throughout the Mexican territory and from periods rather old. The best known example is the *tzompantli*, a term that

can refer both to the type of construction where they placed the heads of some sacrificed and to the skulls themselves. Such structures have been found in several sites in Mesoamerica, however, the skulls themselves are scarce. The fact that the *tzompantli* is the best known form of exposure of human body segments, has generated confusion to believe that any skull that has some type of drilling belongs to a *tzompantli*, thought that is not always the case. In this paper, we review two cases in the north central region of our country, in whose archaeological sites human skulls with intentional drilling were found. It addresses their archaeological contexts, as well as the characteristics of cultural taphonomic alterations present in them. The purpose is to establish, among these cases, similarities and differences that may help the understanding of the meaning of this cultural practice.

KEYWORDS: taphonomic alterations, *tzompantli*, cranial perforations.

INTRODUCCIÓN

En el México prehispánico la práctica de tomar segmentos corporales humanos y exponerlos en edificaciones específicas, fue desarrollada por diversos grupos a lo largo y ancho del territorio y desde periodos cronológicos bastante antiguos, lo que ha despertado el interés de numerosos investigadores nacionales y extranjeros. Varios exploradores del nuevo mundo se sintieron impactados por los sucesos observados y escribieron sobre estas prácticas, algunos de ellos probablemente de manera sensacionalista, lo que sirvió para reforzar su noción eurocéntrica de superioridad respecto a los indígenas de las nuevas tierras descubiertas (Durán 1967; Motolinía 1971; Sahagún 1956; Díaz del Castillo 1982).

Las exploraciones arqueológicas en nuestro país y algunos hallazgos fortuitos han dado cuenta de esta peculiar costumbre funeraria: se han hallando cráneos, huesos largos, falanges, mandíbulas e incluso huesos del pie asociados a estructuras de madera o a patios de edificios, inclusive dentro de algún objeto de cerámica, como vasos, ollas o incensarios. Algunos de esos materiales osteológicos presentan alteraciones o huellas en su estructura que indican algunas de las prácticas culturales de aquellos tiempos.

El ejemplo más conocido es el *tzompantli*, término que puede referirse tanto a un tipo de construcción donde se colocaban las cabezas de algunos sacrificados y sus decoraciones alusivas como a los cráneos mismos. Las estructuras se han encontrado en diversos sitios de Mesoamérica; sin

embargo, los cráneos en sí mismos son escasos (Pijoan 1990). El hecho de que el *tzompantli* sea la forma más conocida de exhibir segmentos del cuerpo humano en una estructura ha llevado, no obstante, a pensar que cualquier cráneo que presente algún tipo de perforación pertenece a uno, y no siempre es así (Valenzuela *et al.* 2010).

Las interpretaciones a las que han llegado los estudiosos del tema son diversas (Pijoan y Mansilla 1990 y 2010; Hers 2010; Olguín 2005; González 1998; Matos 1972), algunos argumentan que se trata de cabezas, brazos o pies de enemigos capturados en batalla y expuestos como trofeos, con la intención de intimidar a gente externa indeseada. Otra explicación es que los cráneos pertenecieron a personas sacrificadas y canibalizadas de manera ritual. También existe la hipótesis de que los restos óseos representan un sofisticado culto a los antepasados. Además, hay otras explicaciones que mezclan las anteriores, dando rienda suelta a la imaginación. No obstante, sea cual fuere la interpretación dada a esta práctica cultural, con certeza sabemos que dicha costumbre está envuelta en elementos rituales, llena de intencionalidad y que, además, las víctimas tuvieron un tratamiento, probablemente antes de morir y seguramente después de su muerte.

En el presente trabajo se realiza una comparación, en cuanto a las alteraciones tafonómicas culturales presentes en los cráneos de dos sitios que conforman la frontera mesoamericana: los cráneos procedentes del conjunto funerario No. 57 del sitio arqueológico cerro del Huistle, Huejuquilla El Alto, Jalisco (Hers 1989), y los cráneos del depósito hallado dentro del conjunto altar circular, en la plataforma “La media luna”, en el segundo nivel de la zona arqueológica de La Quemada, Zacatecas (O’Neill 1995). El objetivo es conocer las características en común y su probable explicación.

ANTECEDENTES

La práctica de tomar segmentos corporales y exhibirlos en algún tipo de estructura ha sido desarrollada desde hace mucho tiempo por diversos grupos humanos, existiendo varios ejemplos de ello; algunos se pueden consultar en el artículo de Pijoan (2010): “Estudios de tafonomía en México”. En estas muestras se observan diferentes tratamientos sobre el cuerpo

de las personas sacrificadas, incluso diferentes técnicas para conseguir su objetivo y, por supuesto, se pueden dilucidar diferentes intenciones.

La evidencia sobre la práctica de exhibir segmentos corporales se encuentra extendida por diferentes sitios del territorio mexicano y se cuenta con reportes de su existencia desde periodos cronológicos bastante antiguos, como el Altar de los Cráneos en Huamelulpan, Oaxaca, del Formativo tardío a Clásico temprano (Christensen y Winter 1997).

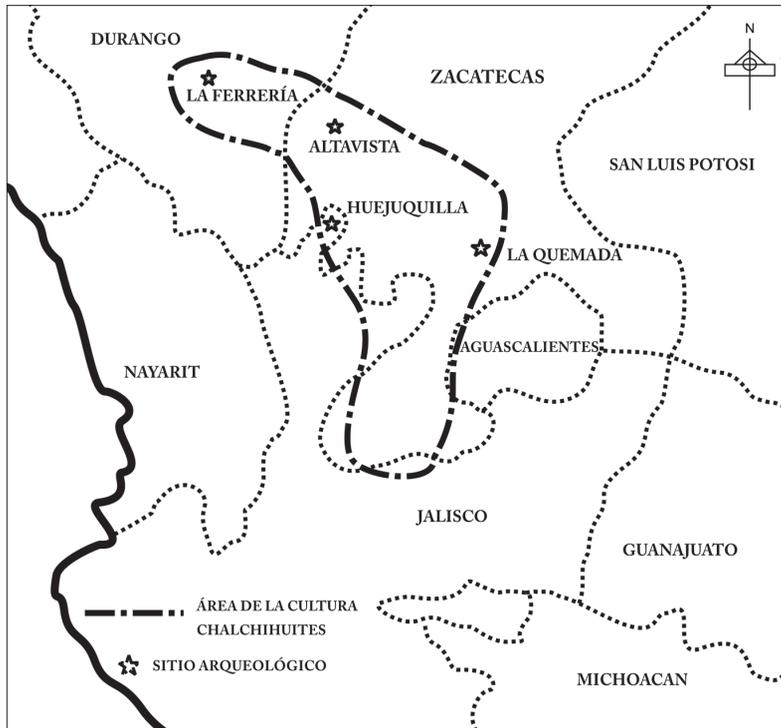


Figura 1. Plano de ubicación de los sitios arqueológicos de La Quemada, Zacatecas, y cerro del Huistle, Huejuquilla El Alto, Jalisco. Realizó: Marco A. Santos R.

En cuanto al área de Mesoamérica septentrional, particularmente en Alta Vista (Gamio 1910; Kelley C. 1976; Kelley E. A. 1978) y La Quemada, Zacatecas (Faulhaber 1960; Nelson *et al.* 1992; O'Neill 1995; Martin *et al.* 2004), y Cerro de Huistle, Huejuquilla El Alto, Jalisco (Hers 1989; Márquez y Civera 1978; Pompa 1983; Valenzuela *et al.* 2010), se han en-

contrado cantidades considerables de huesos que presentan las típicas marcas de desmembrado. Además, se observa la primera evidencia de la exposición de segmentos corporales, en general colgados de las vigas de los templos, sobre todo cráneos y fémures (Pijoan y Mansilla 1990; Pijoan 2010; Valenzuela *et al.* 2010).

Son precisamente los cráneos del conjunto funerario nombrado por Hers (1989) como entierro número 57, descubierto sobre la cúspide del cerro del Huistle en Huejuquilla, Jalisco, y los cráneos del conjunto altar circular, del segundo nivel de La Quemada, Zacatecas (O’Neill 1995; Núñez 2010), los que aquí nos ocupan; ambos casos presentan contextos muy semejantes, lo que hace interesante realizar un breve análisis y comparación. Cabe señalar que estos sitios se encuentran dentro del territorio denominado cultura “Chalchihuites” (Mason 1937 citado por Hers 1989; Kelley 1976).

UBICACIÓN DE LOS SITIOS

El cerro del Huistle

En la zona fronteriza de la cultura Chalchihuites se localiza el cerro del Huistle, territorio arqueológico que trabajó la misión arqueológica belga desde 1979; se ubica cerca del poblado de Huejuquilla El Alto, Jalisco, en la falda oriental de la sierra del Nayar, en el límite del llano de Huejuquilla y la barranca del río Chapalanga. Esta elevación tiene una altura a partir de su base de 80 m y de 1 780 msnm. En la cima está coronada por un borde de rocas lisas redondeadas, lo que hace pensar en una estrategia defensiva, en gran parte natural (Hers 1981).

En esta zona el patrón de asentamiento abierto se estableció en lugares defensivos y estratégicos, provistos de obstáculos naturales y artificiales, difíciles de franquear. Esto podría indicar la existencia de una presión bélica intermitente pero constante sobre sus ocupantes, lo que puede ser muestra de que en la zona las relaciones intergrupales eran muy inestables (Valenzuela *et al.* 2010).

El análisis de diversas piezas arqueológicas y los patrones de asentamientos indican una ocupación humana constante y numerosa, que va desde 0 a 900 dC (Hers 1989). Las excavaciones han permitido distinguir

estratigráficamente tres fases de ocupación: las dos primeras son parte de la fase Canutillo (0-500 dC) de la cultura Chalchihuites, mientras que la tercera corresponde a la fase Vesuvio (500-900 dC) de la misma (Hers 1989).

Hacia 500-750 dC, sobre la cúspide plana del cerro se construyó una serie de plazas hundidas, rodeadas de templos y grandes salas con columnas que soportaban los techos en cuyas fachadas se encontraban exhibidos cráneos y otros segmentos corporales, posiblemente como trofeos de enemigos muertos en batalla o prisioneros sacrificados (Olguín 2005), aunque cabe la posibilidad de que se trate de restos óseos de sus antepasados, los cuales fueron venerados; sin embargo, su tratamiento cultural hace difícil aceptar esta última idea.

La Quemada

Ubicada en la frontera norte o en la periferia de Mesoamérica, es un asentamiento imponente y fortificado que ocupa una pequeña montaña en el centro del valle de Malpaso, en la parte centro-sur del estado de Zacatecas, sobre la vertiente oriental de la sierra Madre Occidental y dentro de la subprovincia fisiográfica de la sierra y valles zacatecanos. En términos geográfico-políticos, La Quemada se encuentra en el municipio de Villanueva, Zacatecas (Medina 2000). Es notable su arquitectura monumental acompañada de juegos de pelota, basamentos piramidales y un salón con columnas, que lo convierten en un lugar relevante a nivel regional (Martin *et al.* 2004). El sitio ha sido caracterizado como un puesto de avanzada tolteca, a pesar de que la visión ha sido cuestionada (Hers 1989; Jiménez 1989; Nelson 1991; Trombold 1990, citados por Nelson 1992). También es conocido por su sistema de calzadas que lo une con muchas de las aproximadamente 220 zonas habitadas en el valle, las cuales han sido reportadas desde 1976 por Trombold, lo que, aunado a su arquitectura, hace pensar que La Quemada ocupó un lugar central en un sistema regional de integración sociopolítica y ceremonial (Nelson 1992; Martin *et al.* 2004).

En cuanto al periodo de ocupación hay varias hipótesis; sin embargo, la más aceptada es del 600 hasta el 900 dC, siendo la más importante entre 600 y 750 dC. No obstante, se piensa que entre 900 y 1300 dC aún existía actividad humana, aunque ya se encontraba prácticamente en el abandono; incluso se plantea que quien ocupaba el lugar para esas fechas

ya no era el grupo constructor, sino nómadas de la región que se asentaron sobre las ruinas (Hers 1989, 2001).

Este terreno del Epiclásico representa una expansión de la frontera norte de Mesoamérica y fue fundamental como centro mayor dentro de una red de intercambio regional, la cual comprendía la costa del Pacífico, los Altos de Jalisco, Chalchihuites y gran parte del noroeste de Mesoamérica (Martin *et al.* 2004).

En términos arquitectónicos, la importancia de La Quemada se debe a que es uno de los pocos sitios monumentales que existen en el norte del país. Por otro lado, a este sitio se le ha atribuido cierta asociación con el legendario Chicomostoc –de acuerdo con las fuentes documentales, de este lugar salieron los grupos que emigraron hacia el Altiplano central–. Tal asociación no ha sido verificada ni ha aparecido de manera clara en el registro arqueológico.

MATERIALES

El conjunto funerario número 57 del cerro del Huistle pertenece a la temporada 1981 y se ubicaba en el límite sur de la Plaza I, su cronología corresponde al Clásico (Hers 1989) (figura 2). Estaba constituido *in situ* por 22 cráneos humanos, cinco mandíbulas sueltas y algunos fragmentos de huesos largos, todos dispuestos en cuatro hileras orientadas de sur a norte, mezclados con restos de madera quemada, un lecho de piedras sin labrar, carbón y cenizas (Hers 1989). Sin embargo, actualmente sólo existen 20 cráneos y tres mandíbulas en el acervo osteológico de la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

De acuerdo con el informe arqueológico, los restos óseos se encontraban expuestos a la vista, sin tener rastros de alguna fosa funeraria, y la mayoría presenta una perforación en la parte más alta del cráneo, y parecen provenir de una estructura de materiales perecederos que se erguía frente a una plataforma poco elevada en la Plaza del sitio; algunos estaban alineados uno junto al otro (Hers 1981).

El lugar en que se colocaron los restos óseos se componía de una estructura de madera que se incendió y la cual tenía, según Hers, cuando menos cinco postes clavados en el piso, alineados medio metro delante de la terraza que limitaba la Plaza I hacia el sur. La arqueóloga supone

que las piedras burdas, que estaban revueltas con los huesos, cayeron al mismo tiempo que la estructura de madera, junto con los huesos. Éstos se encontraron descansando sobre un pequeño talud de tierra que se acumuló al pie de la plataforma mientras estaba en uso (Hers 1981, 1989). Además, menciona que frente a la plataforma se levantaba una estructura formada por vigas, de la cual estaban suspendidos, en cuatro o más hileras, huesos humanos, principalmente cráneos, para exponerlos a la vista de todos sobre la plaza ceremonial. Al ser abandonado el sitio, la palizada se fue desmoronando y acabó por caer al piso.

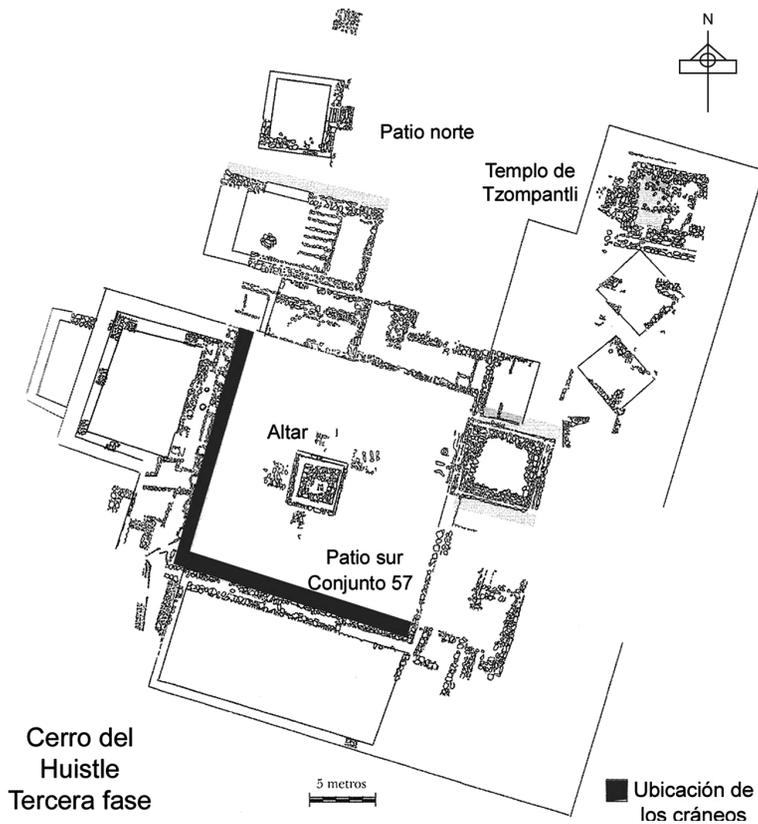


Figura 2. Esquema de planta de la tercera fase del Cerro del Huistle.
Tomado de Hers (2010).

Por otra parte, los cráneos procedentes de La Quemada pertenecen al depósito denominado “Osario”, dentro del conjunto altar circular nombrado por O’Neill como “La media luna”, ubicado en el segundo nivel del sitio, cerca del área denominada por Armillas (1964) como “el cuartel” (figura 3). Se trata de un complejo de habitaciones con vista al oriente hacia la pirámide “Votiva” y la cancha de pelota, y se ha interpretado como área ceremonial con tres escaleras que dan acceso al recinto (O’Neill 1995).

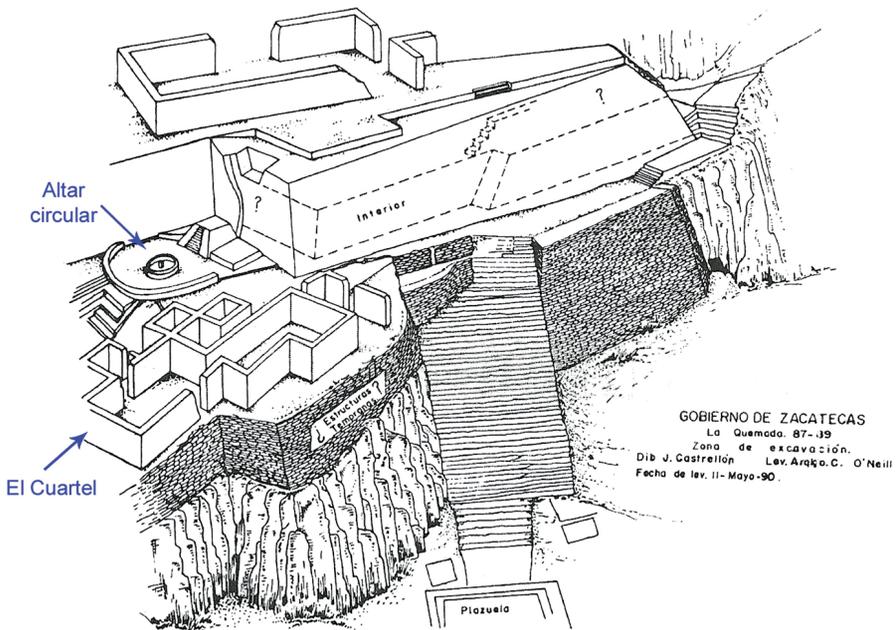


Figura 3. Altar circular en el segundo nivel constructivo de La Quemada.
Tomado de O’Neill (1995).

O’Neill (1995) menciona la cantidad de 56 000 huesos humanos, la mayoría hallados directamente sobre el piso superior, entre una fosa circular y un pequeño templo. Los restos, según el autor, conservaban una organización, ya que los cráneos estaban alrededor de la fosa circular; los huesos de pie, mano, vértebras y de la cintura pélvica se encontraron directamente sobre el piso; la mayoría de las mandíbulas se situaron al

costado poniente de un diminuto descanso frente al templo, y los huesos largos se esparcían sobre toda el área. Otra cantidad se encontró dentro de la fosa, acompañados de un gran número de materiales líticos y cerámicos, los cuales estaban fragmentados y sin aparente organización. Además, menciona que en la sección este del depósito fue hallado un núcleo de riolita rodeado por cuatro cráneos, y que en todas las capas de excavación se encontraron lascas de desecho esparcidas entre los restos óseos, todas ellas sin huellas de uso, por lo que sugiere que éstas fueron desprendidas durante el proceso de formación del osario.

En los niveles más profundos del lado este había tres ollas grandes fragmentadas que contenían huesos humanos en muy mal estado de conservación, y la tierra que se hallaba dentro de estas ollas era diferente a la del suelo del depósito. Asimismo, O'Neill reporta 184 cráneos humanos y uno más de animal, específicamente de oso.

Se revisaron los cráneos del conjunto funerario número 57 del cerro del Huistle (Valenzuela *et al.* 2010) y se compararon con los resultados de O'Neill (1995) y Núñez (2010) en los cráneos del depósito hallado dentro del conjunto altar circular "La media luna" de La Quemada, poniendo énfasis en las alteraciones tafonómicas de tipo cultural que todos ellos presentan, en particular en las perforaciones. Es preciso señalar que no logramos acceder a los materiales de La Quemada, por lo que utilizamos los datos aportados por los autores señalados.

RESULTADOS

A partir de la asignación de edad y sexo de los cráneos del conjunto 57 del cerro del Huistle, la muestra está conformada por 20 cráneos, de los cuales 14 (70 %) son masculinos, cuatro (20 %) femeninos y dos (10 %) que por su mal estado de conservación no fue posible determinar el sexo. En cuanto a la edad, todos son adultos. Además, se reportan ocho cráneos (40 %) con deformación intencional del tipo tabular erecto y uno tabular oblicuo (5 %) (Valenzuela *et al.* 2010).

Entre las alteraciones tafonómicas culturales se encontraron marcas de corte, impactos, perforaciones y huellas de exposición térmica, a continuación se describen brevemente.

Marcas de corte

Debido a las alteraciones de tipo diagenético que presentaban los cráneos, fue difícil la observación; sin embargo, las huellas de corte son lineales, con una dirección perpendicular a los sitios de inserción muscular. Es importante señalar que en ocho de los casos (40 %) no se identificaron, mientras que en los 12 restantes (60 %) se observan principalmente en el hueso frontal y los parietales, sobre y debajo de la línea temporal. Los huesos temporales de cuatro cráneos presentaron cortes en la mastoides y la raíz del arco cigomático, por debajo de los músculos auriculares (Valenzuela *et al.* 2010).

Por el mal estado de conservación de los cráneos, muchos carecen de la porción facial, por lo que sólo existen ocho malares derechos y siete izquierdos, algunos con marcas de corte en el sitio de inserción del temporal y el masetero.

En cuanto a las mandíbulas, la alteración se halló en el borde posterior de la rama ascendente, tanto por la cara interna como en la externa. Ninguna de ellas corresponde a los cráneos presentes (figura 4).

Las marcas de corte de los cráneos y mandíbulas son lineales, delgadas y, en general, sencillas; es decir, aparecen como una línea única. Esto indica que fueron realizadas por filos de navajas prismáticas de obsidiana al cortar algunos músculos específicos.



Figura 4. Marcas de corte en el borde anterior de la rama ascendente. Mandíbula número 4, cerro del Huistle. Fotografía: Gerardo Valenzuela J.

En varios casos los cortes se encontraban interrumpidos por las perforaciones, lo que es claramente una explicación de que en primer lugar la piel y los músculos de los cráneos fue desprendida para después continuar con las perforaciones (figura 5).



Figura 5. Marcas de corte interrumpidas por la perforación en vértex. Cráneo número 6, cerro del Huistle. Fotografía: Gerardo Valenzuela J.

Perforaciones e impactos

Además de las marcas de corte, 15 de los cráneos (75 %) presentan una horadación en la parte superior. En nueve de ellos (60 %) se ubica sobre la sutura sagital, tres de los cráneos (20 %) la presentan en bregma, uno (6.67 %) en el parietal derecho, otros más sobre el izquierdo y el último en el frontal. En cuatro de los cráneos no fue posible observar dicha característica debido al mal estado de conservación, y en el último no existió (Valenzuela *et al.* 2010).

Las perforaciones son claramente intencionales, en general son de forma circular, con un diámetro vertical mínimo de 6 mm y máximo de 26 mm, el horizontal desde 8 hasta 25 mm. La observación detallada de los bordes de los orificios permitió determinar que en diez casos (66.67 %) fueron hechos desbastando el hueso con un instrumento de filo cortante, lo que causó que estén en bisel y sean más amplios en su forma externa que

en la interna. En tres de ellos (20 %) se observó que fueron logrados por medio de impactos por percusión, utilizando probablemente un punzón de punta aguda y dura, lo que provocó que en ocasiones el hueso se fracturara y perdiera su forma. Finalmente, dos (13.33 %) fueron realizados por medio de un perforador manual (Valenzuela *et al.* 2010) (figura 6). Lo anterior se estableció debido a que éstos son de forma cónica y presentan bordes escalonados, característicos del uso de este instrumento (Suárez 1974).



Figura 6. Perforaciones reportadas en el cerro del Huistle. a) Perforación por desbaste, b) por percusión y c) escalonada con punzón.

En 11 cráneos (55 %) se observan impactos por percusión que causaron una gran horadación en la parte basal del cráneo. Por sus características suponemos que también fueron hechos intencionalmente con algún punzón o algún tipo de cincel (figura 7).



Figura 7. Impactos por percusión en la región basal. Cráneos procedentes del conjunto funerario número 57, cerro del Huistle. Fotografía: Gerardo Valenzuela J.

Por las características de las perforaciones se puede deducir que, en general, fueron hechas desbastando el hueso, posiblemente con un instrumento de borde retocado, en ocasiones por percusiones. Las horadaciones se hicieron después de haber quitado los músculos de la parte superior del cráneo, puesto que los cortes se interrumpen por los orificios, asimismo esta particularidad parece indicar que se hicieron con la finalidad de atravesar algo. Por su tamaño, entre 8 y 25 mm de diámetro, se puede tratar de una cuerda (Valenzuela *et al.* 2010).

La gran horadación en la base de varios cráneos pudo haberse realizado para acceder a la masa encefálica o para lograr un hueco que permitiera introducir algún tipo de base para sostenerlo.

Alteraciones térmicas

Este tipo de alteraciones sólo se observó en uno de los cráneos, cuya superficie del parietal izquierdo fue destruida por la acción del fuego

directo, cuando el cráneo ya estaba seco. Además de que no presentó perforación en la parte superior.

Hers (1989) reporta que la estructura donde estaban situados los cráneos se incendió, cayendo junto con ellos; sin embargo, esto no concuerda con la evidencia física. Si la estructura en la que según Hers estaban colgados los restos óseos se hubiese incendiado, una parte hubiera caído sobre ellos, causando alteraciones térmicas; no obstante, en la mayoría de los materiales no existe este tipo de afectaciones.

En cuanto a los resultados de los cráneos de La Quemada, O'Neill señala un total de 184 cráneos, de los cuales Núñez analizó 106; de éstos, 34 son del sexo masculino, 24 del femenino y 48 indeterminables, esto debido al mal estado de conservación. Por edad, O'Neill reporta lo siguiente:

Cuadro 1
Distribución de la edad de los cráneos de La Quemada

<i>Edad</i>	<i>Número de cráneos / %</i>
Primera infancia (0-3 años)	0
Segunda infancia (4-6)	5 / 2.7
Tercera infancia (7-12)	3 / 1.6
Adolescente (13-17)	5 / 2.7
Subadulto (18-20)	6 / 3.2
Adulto joven (21-35)	92 / 50
Adulto medio (36-55)	54 / 29.3
Adulto avanzado (56-75)	0
Senil (76- en adelante)	0
Indeterminable	19 / 10.3
Total	184

Fuente: O'Neill 1995.

Así, 50 % de los cráneos pertenecen al rango de 21 a 35 años de edad. O'Neill reporta 65 cráneos (35.3 %) con deformación intencional, sin precisar el tipo. En lo que respecta a las alteraciones tafonómicas culturales, manifiesta haber identificado marcas de corte, perforaciones, impactos y exposición térmica.

Marcas de corte

De acuerdo con O'Neill, todos los cráneos presentaban marcas de corte sobre la bóveda, sin precisar el sitio donde se encontraron las huellas. En 31 de ellos los cortes dividieron al cráneo en cuatro partes, sin atribuirlo al proceso mismo de desprender las masas musculares de la cabeza y de la cara. El arqueólogo piensa que esas marcas fueron hechas con toda intención y que tienen íntima relación con conceptos cosmológicos de la población, los cuales están representados por la forma calendárica del recinto circular. Esta idea la rechazamos parcialmente ya que, coincidiendo con Pijoan y Pastrana, las marcas de corte observadas sobre los diferentes huesos son el resultado indirecto del corte de partes blandas adyacentes al hueso y se producen al servir éste de apoyo por ser de mayor rigidez. Es por eso que debe tomarse en cuenta que las marcas de corte dejadas al realizar el desprendimiento de masas musculares son incompletas, ya que no son intencionales (Pijoan y Pastrana 1989).

Probablemente existía una forma particular de realizar el desollamiento y desmembramiento entre los antiguos pobladores de La Quemada, la cual se pudiera expresar en el patrón de huellas de corte en los huesos, pero eso por el momento se desconoce; sin embargo, en los numerosos casos donde se reportan estas alteraciones en cráneos, se observan patrones muy semejantes, lo que tiene que ver más bien con la técnica de realizar el desollamiento, de acuerdo con un fin concreto (Botella *et al.* 2000).

Perforaciones e impactos

Al mismo tiempo, O'Neill (1995) reporta que 12 (6.5 %) de los 184 cráneos presentaron una perforación en su ápice, siete masculinos y cinco femeninos. Dichas perforaciones son intencionales y tienen una dimensión que va de los 9 a los 14 mm, y al parecer fueron hechas con un punzón. También menciona que en el Templo de las Fogatas, Alta Vista, Zacatecas, se encontraron restos de fibras adheridas a dos fémures y dentro de la perforación de un cráneo, lo que sugiere que dichos huesos fueron suspendidos por una cuerda atada a algún tipo de estructura. Dicha información hace suponer al autor que los cráneos en cuestión procedentes de La Quemada tuvieron el mismo tratamiento.

Por otra parte, al igual que en el Huistle, 93 cráneos del “Osario” de La Quemada presentan impactos en la parte basal, lo que provocó una gran horadación. Al respecto, O’Neill establece que ésta no tiene relación con las perforaciones en vértex y señala la posibilidad de que una estaca haya sido clavada por la base quebrada para sostener la cabeza. Otra interpretación que da el investigador a este hecho es que la base fue quebrada para extraer la masa encefálica de los individuos, la cual pudo haber sido consumida de manera ritual o simplemente desechada.

Alteraciones térmicas

O’Neill reporta que en 13 cráneos se presentaron alteraciones debidas a la exposición térmica, que consisten en una “carbonización superficial”. Señala que de esos, cinco estaban quemados por un solo lado y los ocho restantes estaban demasiado fragmentados para identificar la extensión de la zona alterada. Según las características de las alteraciones, el autor sugiere que la exposición térmica no fue prolongada y que fue hecha cuando el cráneo ya no tenía restos de tejido blando, lo que ahora hace pensar que la exposición al fuego ocurrió sobre huesos totalmente deshidratados; es decir, en seco, lo que indicaría que dicho tratamiento no formó parte del proceso inicial, sino que fue posterior a la exposición de los cráneos, tal vez un incendio. Sin embargo, O’Neill sugiere que la exposición térmica fue realizada a propósito y con la posibilidad de que la intención haya sido la ingesta ritual; no obstante, según nuestra apreciación, las características del tipo de exposición que él mismo señala no coinciden con una exposición térmica en fresco.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Hasta aquí hemos señalado el tipo de alteraciones tafonómicas observadas tanto en los cráneos del conjunto funerario número 57 del cerro del Huistle, Jalisco, como en los del conjunto funerario del altar circular de La Quemada, Zacatecas. En ellos es fácil identificar un patrón de alteraciones muy similar, incluso idéntico. En ambos casos se observa que, sobre todo en individuos adultos, les fueron desprendidos las masas musculares y tegumento del cráneo, utilizando la misma técnica de desollado, incluso

herramientas muy semejantes. Esto es evidente a partir de la comparación de las características de las marcas de corte visibles sobre los cráneos, las cuales forman patrones muy similares. En ambos casos, creemos que se trató de personas sacrificadas. Es importante señalar que la muerte de los individuos no fue a partir del desollamiento, al menos esto es muy evidente en el caso del cerro del Huistle, ya que Hers (2010) aporta datos muy valiosos al referirse a un conjunto de grabados rupestres donde se observa con claridad dos escenas similares, en las cuales un grupo sujeta de las manos y pies a una víctima acostada, mientras otro personaje hunde sus dos manos en su pecho, lo que constata que el sacrificio era ejecutado por medio de extracción del corazón. Además, en el altar central de la plaza donde fue encontrado el conjunto funerario número 57, se halló un cuchillo bifacial de obsidiana, con el cual muy probablemente se llevó a cabo el sacrificio (Hers 2010).

Por otro lado, tanto en los cráneos de El Huistle como en los de La Quemada se observan en la parte superior unas perforaciones intencionales, casi todas ellas ubicadas en la parte más alta del cráneo. Dichas perforaciones son similares en cuanto a su forma y dimensión, siendo ligeramente más amplias en los cráneos del cerro del Huistle. Al parecer fueron realizadas con herramientas y técnicas muy semejantes, en general, desbastando el hueso con algún perforador o punzón, sólo en algunos cráneos del Huistle se utilizaron percusiones para lograr la perforación. De acuerdo con la evidencia osteológica, en todos los cráneos las perforaciones se realizaron después de haber retirado los músculos de la cabeza, ya que las marcas de corte se ven interrumpidas por las perforaciones. La elaboración tan minuciosa de las horadaciones parece indicar que se hicieron con la finalidad de atravesar algo, por sus dimensiones se puede pensar que se trataba de una cuerda. De tal forma, concordamos con la idea de que los cráneos estuvieron colgados mediante una cuerda a algún tipo de estructura, lo que se asemeja a los cráneos hallados en Alta Vista, Zacatecas.

Asimismo, en unos y otros se reporta una destrucción en la parte basal del cráneo, al parecer obtenida mediante impactos por percusión, la cual pudo haberse realizado con el fin de acceder a la masa encefálica o de obtener un hueco que permitiera introducir algún tipo de base para sostenerlo. La segunda intención mencionada parece cobrar fuerza, al menos para el caso de La Quemada, por la existencia de una estatua

mencionada por O'Neill (1995). Dicha escultura de basalto representa a una mujer cargando a un niño en la espalda, la mujer no tiene cabeza sino un agujero en medio del cuello, como para colocar un palo. También tiene dos pequeños orificios en ambos lados del cuello, como para atar algo, esto podría ser una cabeza humana; sin embargo, no existe evidencia suficiente para asegurar que esa es la justificación de la existencia de la gran horadación en los cráneos (figura 8).

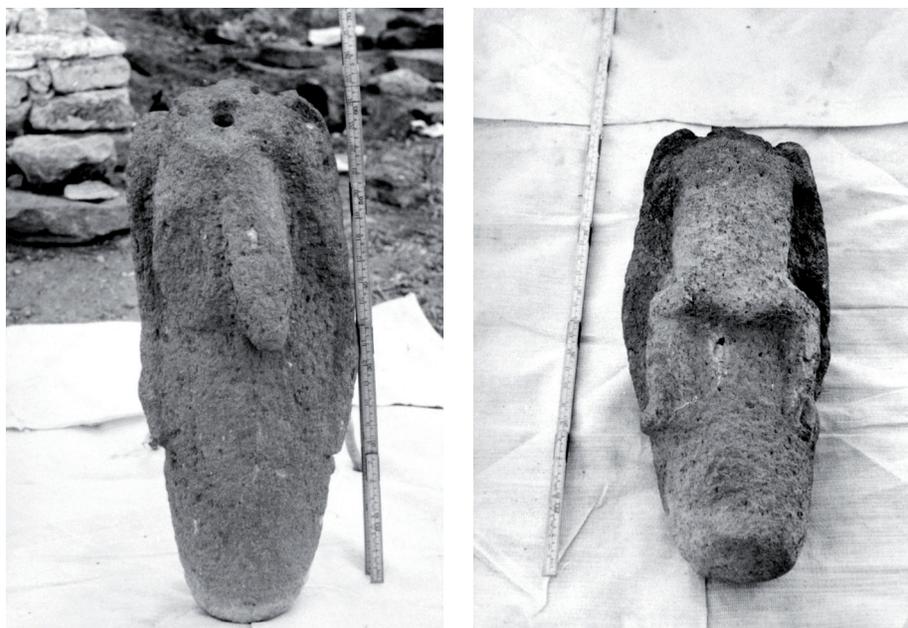


Figura 8. Escultura decapitada hallada en el tercer nivel de La Quemada, 1979.
Vista anterior y posterior, respectivamente. Archivo Técnico,
Sección de Arqueología, INAH-Zacatecas.

De acuerdo con lo descrito, podemos señalar que en los sitios cerro del Huistle, Jalisco, y La Quemada, Zacatecas, se observan manifestaciones culturales muy similares. En ambos se practicó el sacrificio humano de forma parecida, además de que tenían la costumbre de exhibir cráneos y huesos largos atados a estructuras tal vez de madera. No obstante, no compartimos la idea de que tales cráneos y estructuras sean un *tzompantli* como tal, ya que en los ejemplos aquí estudiados se observan caracterís-

ticas diferentes a las empalizadas halladas en la cuenca de México para el periodo Posclásico; sin embargo, tenemos la idea de que lo observado en el cerro del Huistle y en La Quemada es una primera versión de la forma de exhibir cráneos y huesos largos en una estructura.

Tales semejanzas nos hacen pensar que, muy probablemente, entre los habitantes de ambos sitios existió algún tipo de diacronía histórica, compartiendo rasgos culturales entre sí. Esta idea tiene sustento si tomamos en cuenta que ambos asentamientos tuvieron algún tipo de contacto o relación ya que, de acuerdo con los fechamientos otorgados por diferentes investigadores de cada uno de los sitios (Hers 1989, 2010; Nelson *et al.* 1992; Martin *et al.*; O'Neill 1995), es evidente que coexistieron en algún momento del Clásico y Epiclásico. Además, al analizar el probable origen de estos pueblos norteros encontramos más elementos que refuerzan esta idea.

Al respecto, varios autores, entre ellos Braniff y Hers (1998), señalan que los pueblos sedentarios del septentrión mesoamericano tienen su origen en el centro del país. Hers da la explicación de dicha génesis a partir de tres momentos clave: el primero abarca el inicio de la expansión mesoamericana hacia el norte al principio de nuestra era, la cual tiene una relación aparente con sucesos ecológicos de gran importancia ocurridos en el centro del país, en particular menciona la erupción volcánica del Popocatepetl, que habría sido la causa del quiebre del desarrollo de prósperas poblaciones en el área de Puebla-Tlaxcala y de la parte sur de la cuenca de México durante el 50 de nuestra era. Dichos fenómenos habrían provocado el abandono de aquellos territorios, lo que a su vez ocasionó un reacomodo poblacional (Hers 2010).

Al parecer algunas poblaciones afectadas se replegaron hacia Teotihuacan, llevando consigo rasgos que habían desarrollado desde largo tiempo atrás, tales como el perfil del talud-tablero, el *Huehuetéotl* o la cerámica Anaranjado delgado. Sin embargo, algunos grupos siguieron avanzando hacia el norte, lo que marcó la primera gran expansión mesoamericana más allá de las cuencas del Lerma-Santiago y del Moctezuma-Pánuco, las cuales hasta entonces habían correspondido a los límites septentrionales del mundo mesoamericano. Entre las diversas culturas que empezaron a florecer en aquellas tierras recién colonizadas, Hers menciona a la población chalchihuiteña que se dispersó por lo que actualmente es el territorio de Jalisco y Zacatecas (*op. cit.*).

El segundo momento explicativo está relacionado con una nueva expansión más hacia el norte por parte de grupos procedentes de occidente, particularmente de tierras michoacanas, en conjunto con los chalchihuiteños en el siglo VI, colonizando amplios territorios de la sierra Madre Occidental duranguense y estableciendo lazos duraderos con poblaciones de la cultura hohokam del desierto de Arizona. Al parecer esta asociación trajo consigo un gran progreso para los chalchihuiteños que para ese entonces ya se habían expandido hasta el territorio del actual Durango (*op. cit.*).

El tercer momento se relaciona con el abandono, en el siglo IX, de las tierras norteñas conquistadas por pueblos del centro y occidente del país, lo que ocasionó el repliegue de la frontera septentrional. Las causas de este abandono aún no se encuentran bien documentadas, pero al parecer todos los colonizadores de aquellas tierras regresaron al lugar de sus antepasados, llevándose consigo las nuevas prácticas culturales adquiridas en el norte. Tal fenómeno daría explicación a la aparición de elementos significativos en el Posclásico que esos inmigrantes habían desarrollado desde tiempo atrás en tierras norteñas (*op. cit.*). Tal es el caso del *tzompantli*, cuyos orígenes pudieran estar entre los chalchihuiteños.

Con todo lo anterior, podríamos pensar que tanto la población establecida en los sitios del cerro del Huistle, Jalisco, como de La Quemada en Zacatecas eran comunidades mesoamericanas, agricultoras, con redes de intercambio a grandes distancias y constructoras de obras monumentales, y probablemente con un parentesco en común: las avanzadas del centro del país.

Dicha cercanía podría aclarar varias de las expresiones culturales observadas en ambos sitios, una de ellas es la práctica del sacrificio humano, el cual ya se desarrollaba desde periodos muy anteriores a ellos en el centro del país. Sin embargo, hace falta analizar y comparar algunas otras variables arqueológicas, como la cerámica, el patrón de asentamiento y algunas otras manifestaciones biológicas y culturales de cada pueblo.

Es importante señalar que la práctica del sacrificio humano debió estar permeada de un gran componente ritual, propio de las costumbres y creencias de cada región. Advertimos que dicho fenómeno tenía aquí, como en otros lugares, una función social con tintes religiosos e incluso económicos, por lo que debemos considerar que no era una actividad cotidiana, sino que estaba reservada y dedicada para fechas especiales.

El espectáculo de los cráneos colgantes no iba dirigido únicamente para amedrentar a posibles conquistadores extranjeros que quisieran arriesgarse a atentar contra la población, probablemente además estaba dedicado a alguna divinidad, cumpliendo un propósito social y religioso: satisfacer a los dioses del inframundo.

REFERENCIAS

- BOTELLA, M., I. ALEMÁN Y S. A. JIMÉNEZ
2000 *Los huesos humanos. Manipulación y alteraciones*, Bellaterra, Barcelona.
- BRANIFF, BEATRIZ Y M. A. HERS
1998 Herencias chichimecas, *Arqueología*, segunda serie, 19: 55-80.
- CHRISTENSEN, A. F. Y M. WINTER
1997 Culturally modified skeletal remains from the site of Huamelulpan, Oaxaca, Mexico, *International Journal of Osteoarchaeology*, 7: 467-480.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL
1982 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, C. Sáenz de Santamaría (ed.), Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.
- DURÁN, FRAY DIEGO
1967 *Historia de las indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, edición paleográfica del manuscrito autógrafa de Madrid, con introducción, notas y vocabularios de palabras indígenas y arcaicas de Ángel Ma. Garibay K., Porrúa, México.
- FAULHABER, J.
1960 Breve análisis osteológico de los restos humanos de La Quemada, Zacatecas, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, XII: 131-149.
- GAMIO, M.
1910 Los monumentos arqueológicos de las inmediaciones de Chalchihuites, Zacatecas, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, II: 469-492.

GONZÁLEZ RUL, F.

- 1998 Un *tzompantli* en Tlatelolco, M. Jaén, S. López, L. Márquez y P. Hernández (eds.), *Tiempo, población y sociedad. Homenaje al maestro Arturo Romano Pacheco*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

HERS, M. A.

- 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1981 Exploraciones arqueológicas en el Cerro de Huistle, Huejuquilla El Alto, Jalisco, Archivo Técnico, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 2001 La zona noroccidental en el Clásico y el Posclásico, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, vol. II: El horizonte Clásico, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 265-300.
- 2010 El sacrificio humano entre los tolteca-chichimecas: los antecedentes norteños de las prácticas toltecas y mexicas, L. López Luján y G. Oliver (coords.), *El sacrificio humano en la tradición mesoamericana*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Nacional Autónoma de México, México.

KELLEY, C. J.

- 1976 Altavista: Outpost of Mesoamerican Empire on the Tropic of Cancer, J. Litvak y P. Schmidt (eds.), *Las fronteras de Mesoamérica, XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, tomo I, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 21-40.

KELLEY, E. A.

- 1978 The Temple of the Skulls at Alta Vista, Chalchihuites, C. L. Riley y B. C. Hedrick (eds.), *Across the Chichimec Sea*, Southern Illinois University Press, Carbondale.

MÁRQUEZ M., L. Y M. CIVERA

- 1978 Análisis osteológico de los restos humanos encontrados en el Cerro del Huistle, Huejuquilla el Alto, Jalisco, durante las excavaciones realizadas por la misión belga en México en 1978, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

- MARTIN, DEBRA L., BEN A. NELSON Y R. PÉREZ VENTURA
 2004 Patrones de modificación en huesos humanos de la Quemada, Zacatecas: hallazgos preliminares, Carmen Ma. Pijoan A. y Xabier Lizarraga C. (eds.), *Perspectiva tafonómica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, 462), México: 155-172.
- MASON, A.
 1937 Late archaeological sites in Durango, Mexico, from Chalchihuites to Zape, *Twentyfifth Anniversary Studies*, vol. 1, Philadelphia Anthropological Society, Filadelfia: 127-146.
- MATOS MOCTEZUMA, E.
 1972 El *tzompantli* en Mesoamérica, J. Litvak y N. Castillo (eds.), *Religión en Mesoamérica, XII Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 109-116.
- MEDINA GONZÁLEZ, J. H.
 2000 *El paisaje ritual del Valle de Malpaso*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- MOTOLINIA, TORIBIO DE BENAVENTE
 1971 *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, E. O'Gorman (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- NELSON, BEN A., J. ANDREW D. Y D. A. KICE
 1992 Mortuary practices and the social order at La Quemada, Zacatecas, Mexico, *Latin American Antiquity*, 3 (4): 298-315.
- NÚÑEZ MARTÍNEZ, H.
 2010 *Estudio de las prácticas rituales del osario de la Quemada, Villanueva, Zacatecas*, tesis, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas.
- OLGUÍN, E. M.
 2005 Etnografía de las colecciones prehispánicas de restos humanos en la Sierra del Nayar y en Sinaloa (siglos XVI-XVIII) y sus analogías con material arqueológico Nayarita, *Clío*, 5 (34): 7-26.

O'NEILL, C.

- 1995 Tratamiento cultural de los muertos en La Quemada, Zacatecas, *Investigación Científica*, 1 (8): 18-27.

PIJOAN A., C. M.

- 2010 Estudios de tafonomía en México, C. Pijoan, X. Lizarraga y G. Valenzuela (eds.), *Perspectiva Tafonómica 2*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, 560), México.

PIJOAN A., C. M. Y A. PASTRANA

- 1989 Evidencias de actividades rituales en restos óseos humanos en Tlatelcomila, D.F., M. Carmona (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Museo Nacional de Antropología, México: 287-306.

PIJOAN A., C. M. Y J. MANSILLA

- 1990 Evidencias rituales en restos humanos del norte de Mesoamérica, F. Sodi (coord.), *Mesoamerica y norte de México, siglos IX-XII*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia-Museo Nacional de Antropología, México: 467-478.
- 2010 Los cuerpos de sacrificados: evidencias de rituales, L. López Luján y G. Olivier (coords.), *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Nacional Autónoma de México, México.

POMPA, J. A.

- 1983 Estudio osteológico del material recogido por la misión arqueológica belga en la Sierra del Nayar-Temporada 1981, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

SAHAGÚN, BERNARDINO

- 1956 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 4 vols., ed. de Ángel Ma. Garibay K., Porrúa, México.

SUÁREZ, L.

- 1974 *Técnicas prehispánicas en los objetos de concha*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, 14), México.

- VALENZUELA JIMÉNEZ, G., C. M. PIJOAN A., J. BAUTISTA M. Y E. M. OLGUÍN
2010 Alteraciones culturales en los materiales esqueléticos del conjunto funerario número 57, Huejuquilla El Alto, Jalisco, C. Pijoan, X. Lizarraga y G. Valenzuela (eds.), *Perspectiva Tafonómica 2*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, 560), México.